Colección Mosaico Infantil

1. Caperucita Roja
2. El patito feo
3. La Bella Durmiente
4. Gulliver en el país de los enanos
5. El sastrecillo valiente
6. El gato con botas
7. El pescador y su mujer
8. Blancanieves
9. El soldadito de plomo
10. Hansel y Gretel
11. La Cenicienta
12. Aladino y la lámpara maravillosa
13. Pinocho
14. Alí Babá y los 40 ladrones
15. El pájaro que habla
16. El traje del emperador
17. Simbad el marino
18. El ruiseñor
19. Gulliver en el país de los gigantes
20. Los 4 hermanos listos
21. Los 3 pelos del diablo
22. Pulgarcito
23. Federico y Catalina
24. El lobo y los 7 cabritos
25. El pájaro de oro
26. Blancanieves y Rojaflor
27. La nariz
28. Las 12 princesas bailarinas
29. El pozo mágico
30. El agua de la vida
31. El rey Cuervo
32. Los 5 servidores
33. El califa cigüeña
34. El enano Narigón
35. El falso príncipe
36. El pequeño Muck
37. Peter Pan
38. Alicia en el país de las maravillas
39. Hans, el afortunado
40. La mesa, el burro y el palo

ISBN 950 11 0529 6

9 789501 105292

Es una edición SIGMAR

Colección Mosaico Infantil

Gulliver en el País de los enanos

4

SIGMAR

Le prepararon una embarcación adecuada al tamaño de Gulliver, y nuestro amigo partió rumbo a su patria, mientras en la playa los pequeños lloraban afligidos al verle partir. Y allí permanecieron, junto a la orilla, hasta que la nave en que Gulliver volvía a Inglaterra desapareció por completo en el horizonte.

Esta edición se terminó de imprimir en junio de 1994, en Indugraf S.A., Loria 2251, Buenos Aires.

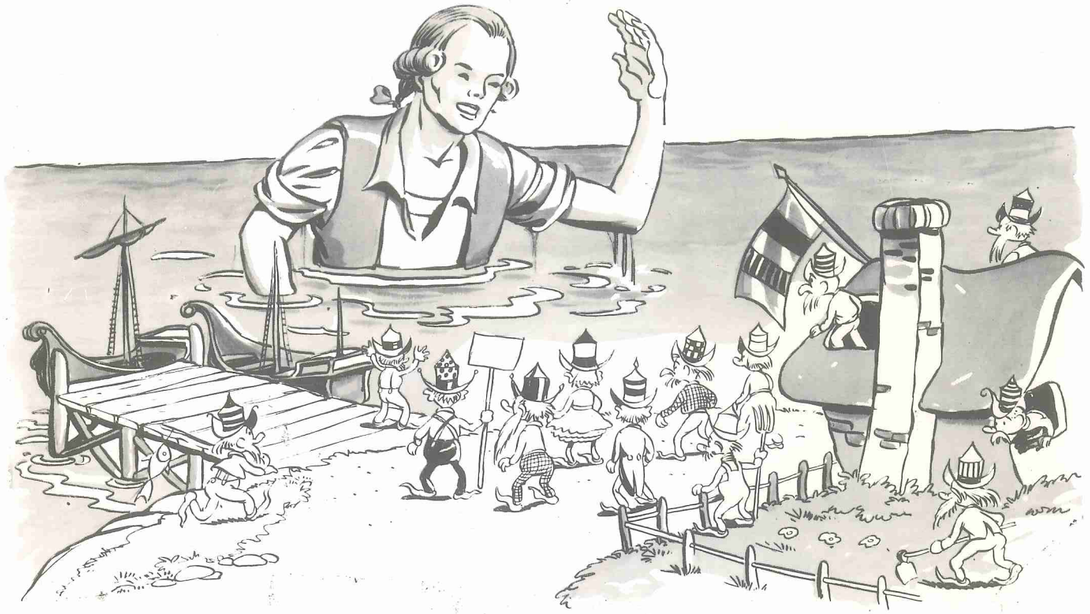
JONATHAN SWIFT

GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS ENANOS

Ilustraciones de **M. Martínez Parma**

Colección Mosaico Infantil
EDITORIAL SIGMAR

© 1960/1986, Editorial Sigmar S.A., Belgrano 1580, Buenos Aires. Impreso en la Argentina. Printed in Argentina. Hecho el depósito de ley. Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio visual, gráfico o sonoro.



en los difíciles momentos de la guerra. De modo que lo saludaron con gran alborozo, y el mismo rey salió a recibirlo. No quisieron de ninguna manera que continuara su viaje, y trataron por todos los medios que se quedara con ellos.

Gulliver aceptó la invitación, y pasó una temporada muy feliz con aquellos nuevos amigos. Pero llegó un momento en que comenzó a sentir una gran tristeza. Quería volver a su propio país y ver a su familia. Así se lo comunicó al rey, quien comprendiendo perfectamente lo que sentía Gulliver, aceptó que se fuera. Los pequeños habitantes sintieron mucho la partida de Gulliver, pero le demostraron de todas maneras su cariño, y le pidieron que volviera a visitarles en cuanto le fuera posible.

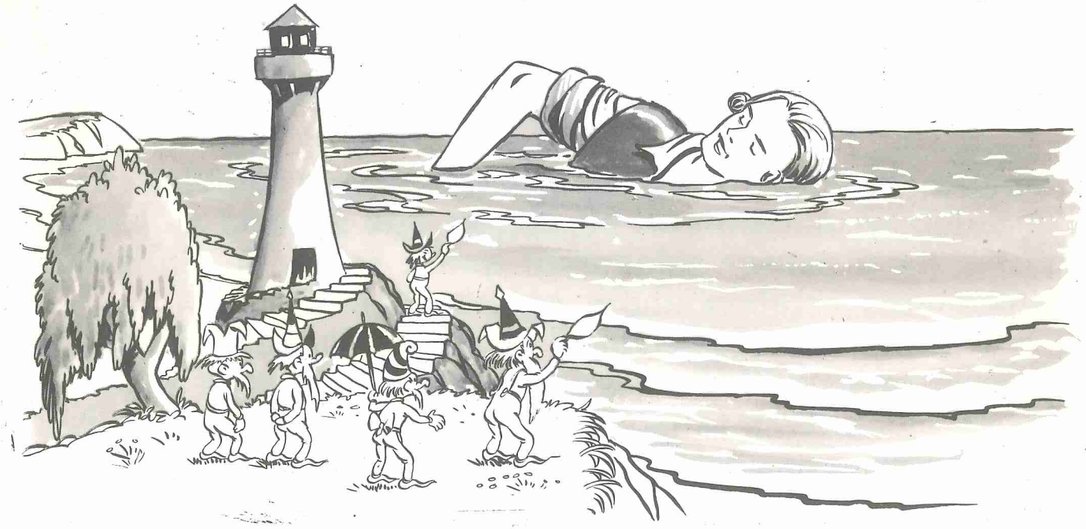
tos de horas felices, y sumamente disgustado prometió irse del país para no volver nunca más.

— Os quedo muy agradecido por todo cuanto habéis hecho por mí — dijo al buen rey.

— Y yo — contestó tristemente el monarca — no tengo palabras para agradeceros, pero nada podría hacer para que os quedarais. Creo que sería mucho peor para vos. Es tanto lo que os debo, que aunque lamente grandemente vuestra partida, por vuestro bien os aconsejo que partáis.

Y una mañana, decidido ya, se arrojó Gulliver al mar, y nadando velozmente se alejó de Liliput, aquella pequeña isla donde había sido tan feliz y de donde se retiraba ahora para siempre con mucha pena y enojo.

Cuando nuestro amigo pasó por las playas del vecino país, el que en otro tiempo le había hecho la guerra al reino de Liliput, los habitantes recordaron que aquel era el gigante que tan bien se había portado con sus compatriotas



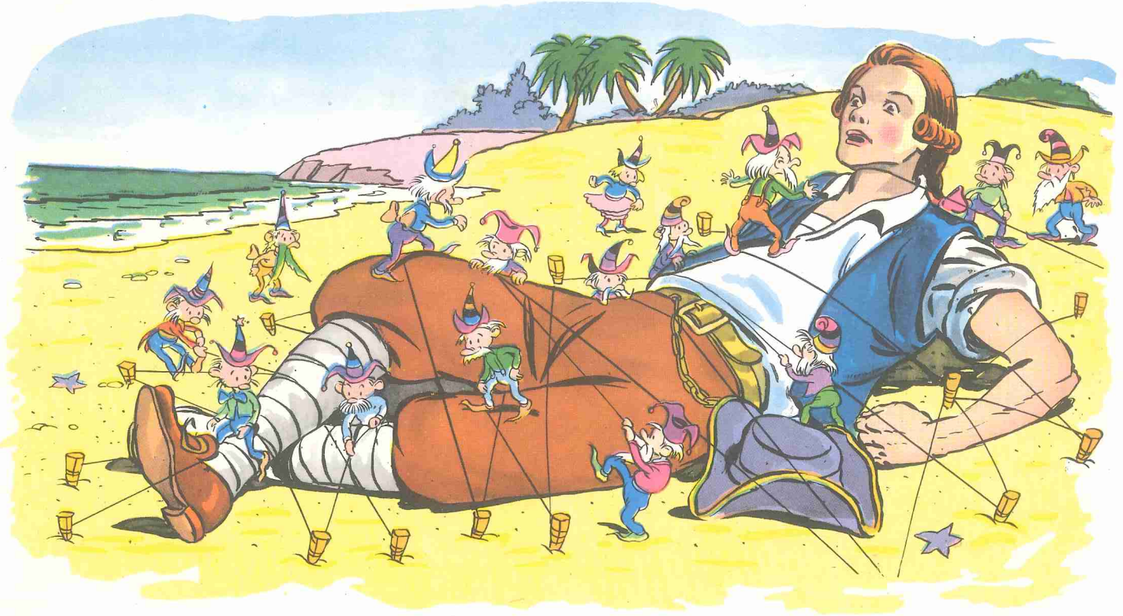
EN uno de los numerosos viajes que realizó Gulliver alrededor del mundo, tuvo la desgracia de que se hundiera el barco en que navegaba. Por fortuna, era Gulliver un buen nadador, y dando fuertes brazadas consiguió llegar hasta la costa. Se sentía muy cansado porque había nadado durante mucho rato; así es que apenas puso el pie en la playa, se tendió sobre la arena y miró a su alrededor. No sabía dónde estaba, y le hubiera gustado examinar el lugar, pero se sentía ya sin fuerzas para caminar. Y al poco rato Gulliver dormía profundamente.

Cuando abrió los ojos, tardó unos minutos en darse cuenta del lugar donde se hallaba. Pero pronto lo recordó todo: el naufragio, y su desesperada lucha con las olas, hasta llegar a una playa desconocida. Ahora veía sobre su cabeza el cielo azul, y un sol muy brillante que le lastimaba los ojos. Quiso cubrírselos con las manos, y fué entonces cuando advirtió, con gran sorpresa, que no podía moverse. Todo su cuerpo

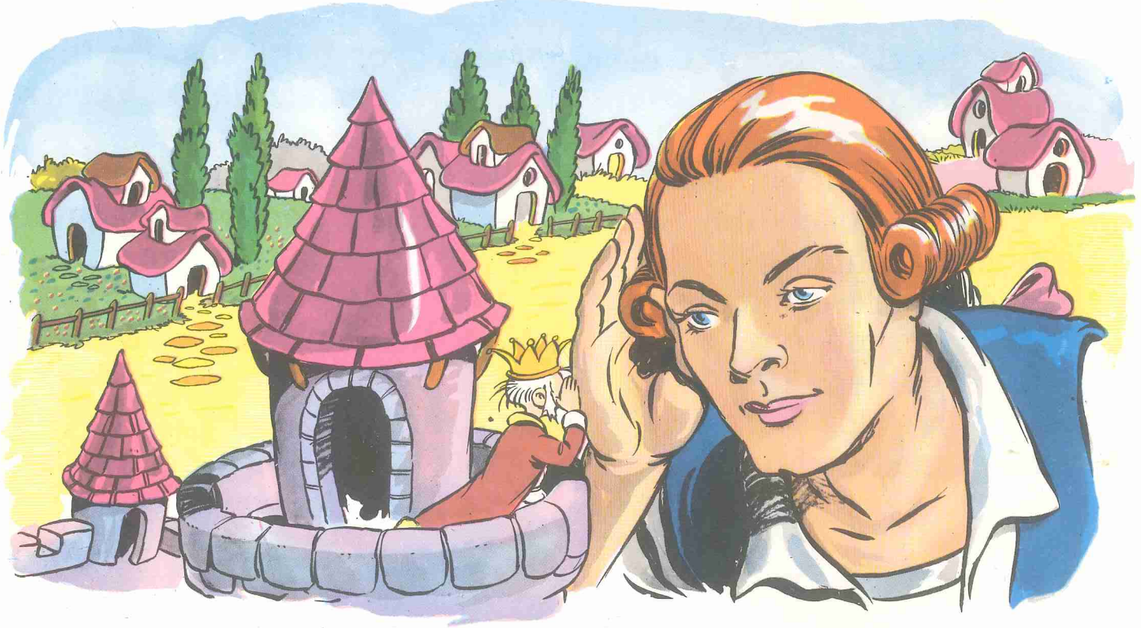
estaba rodeado con finas cuerdas, que, bien apretadas, le sujetaban firmemente.

Gulliver no sabía si estaba dormido todavía y aquello no era más que un sueño. Pero pronto se convenció de que estaba bien despierto; no sólo estaba atado sin poder moverse, sino que mirando atentamente advirtió que lo rodeaba un mundo de enanitos, que a él le parecían casi como insectos. Los pequeños lo contemplaban, muy satisfechos al parecer, de ver a Gulliver bien atado.

Entonces comprendió éste lo que había pasado. Sin duda, aquella isla estaba habitada por esos pequeños enanitos, quienes al verle tendido sobre la playa se apresuraron a atar a aquel gigante mientras dormía. Porque para ellos Gulliver era un verdadero gigante, y temiendo que pudiera hacerles daño habían tomado esa precaución.



Pero ya dijimos que sólo una parte de los habitantes de Liliput estaba conforme con esa medida. De modo que muy pronto el resto de ellos comenzó a mostrar su disconformidad con lo que se había hecho. Murmuraban contra Gulliver, y pensaron en hacer una revolución para exigir al rey que

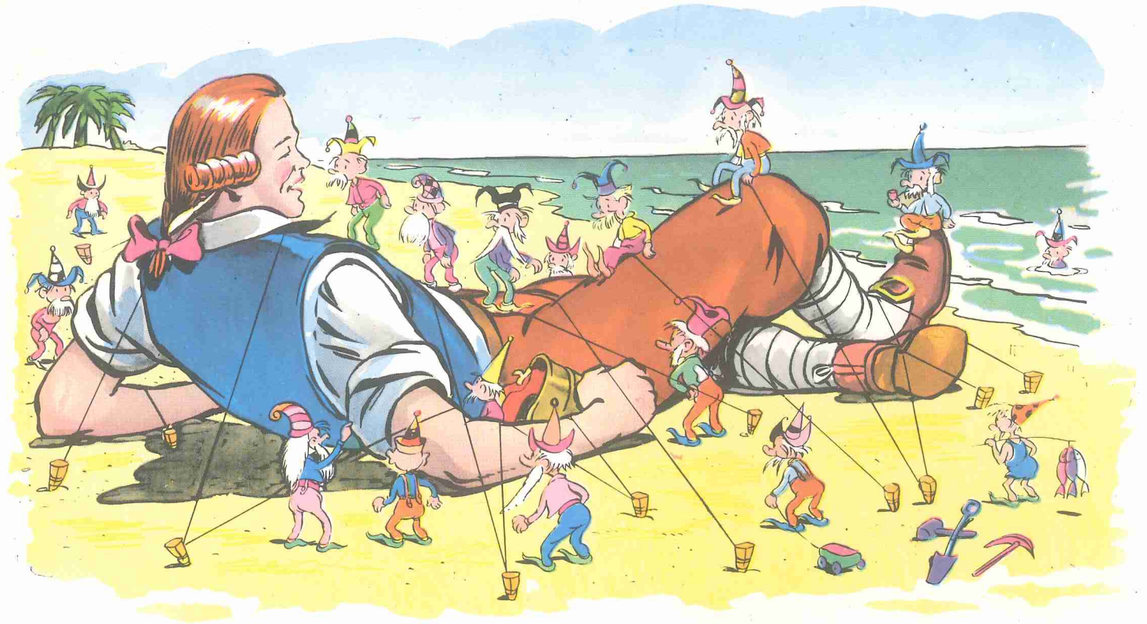


tomara medidas contra él. Olvidaban por completo todo lo que debían a Gulliver; olvidaban que gracias a él estaban vivos, para pensar solamente que a causa de Gulliver sus prisioneros estaban ahora en libertad.

Y tanto fué creciendo el descontento, que el rey, muy a pesar suyo, se vió obligado a hacérselo saber a Gulliver. Es de imaginarse la pena que sintió nuestro amigo. Nunca hubiera esperado tamaña ingratitud de parte de sus amigui-

cuanto podían, aun cuando los otros no podían defenderse; y llegó un momento en que decidieron matarlos a todos.

Gulliver no podía permitir semejante cosa. Se opuso terminantemente, y exigió que los pequeños prisioneros fueran dejados en libertad y devueltos a su país. Algunos liliputienses se mostraron partidarios de la idea de Gulliver. Eran gente de buenos sentimientos, y comprendieron fácilmente que Gulliver tenía razón en todo cuanto decía. Entre ellos estaba el rey, de modo que no fué difícil llevar a cabo lo que Gulliver proponía. Claro está que los prisioneros prometieron formalmente no volver nunca más a hacer la guerra al reino de Liliput. Así fué que un buen día partieron todos ellos de regreso a su país.



Ahora que lo veían bien sujeto, no sentían ya ningún temor. Por lo contrario, les divertía verlo, y se entretenían en trepar ágilmente por sus piernas y brazos, para poder observarlo de cerca. Al mismo Gulliver le resultaba divertido aquel juego, y se sonreía al ver correr por sobre su cuerpo a aquel mundo de pequeños hombrecitos.

Como comprendía bien lo que había pasado, nuestro amigo no hizo ningún esfuerzo por librarse de las finas ligaduras que lo sujetaban.

—Podrían asustarse — pensó — y quién sabe lo que serían capaces de hacer. Además, son encantadores, y me gustaría que comprendieran que quiero ser su amigo.

De pronto, Gulliver dejó de sonreír y se puso a hacer una serie de gestos raros. ¿Qué sucedía? Pues nada menos que esto: nuestro amigo comenzó a sentir un cosquilleo en la

nariz, cada vez con más fuerza. Sentía grandes deseos de estornudar, y como se imaginaba lo que podía suceder, trató por todos los medios de cortar su estornudo. Pero no pudo ser. Y de pronto se produjo la catástrofe.

—¡Aaaaaaat.....chiiisssss!

Estornudó Gulliver con toda su fuerza, y los enanitos, que se paseaban confiadamente sobre su cuerpo, salieron volando a varias leguas de distancia. Los que quedaron sintieron tal temor, que huyeron velozmente a encerrarse en sus casitas.

Gulliver se sintió afligidísimo de haber asustado de aquella manera a sus amiguitos. ¡Desdichado estornudo! Ahora sería muy difícil que creyeran que él no tenía intenciones de hacerles daño.

rápidamente que Gulliver no pudiera alcanzarles; nuestro amigo extendió los brazos, y todos los demás barcos fueron a descansar en la playa, junto a los primeros.

Fué así como el reino de Liliput ganó aquella batalla y tomó infinidad de prisioneros. Los liliputienses quedaron muy agradecidos a Gulliver por su ayuda, y durante varios días hicieron fiestas en su honor, proclamándolo héroe de Liliput.

Pero una vez concluídas las fiestas, pensaron en ocuparse de sus prisioneros. Los tenían fuertemente atados, y era tal el odio que sentían por sus vecinos, que los maltrataban

Como los habitantes del vecino país eran tan pequeños como los de Liliput, sus barcos de guerra eran para Gulliver apenas como cáscaras de nuez. De modo que para él no fué aquello más que una diversión. Cuando las primeras naves de guerra de los enemigos estuvieron al alcance de su mano, las alzó de sobre las olas y las depositó tranquilamente en la playa, cuidando de no hacer daño a sus tripulantes.

Cuando los enemigos que conducían las otras embarcaciones vieron que en la playa de Liliput les esperaba aquel gigante, y advirtieron la suerte que habían corrido sus compañeros, quisieron emprender la retirada; algunos de ellos

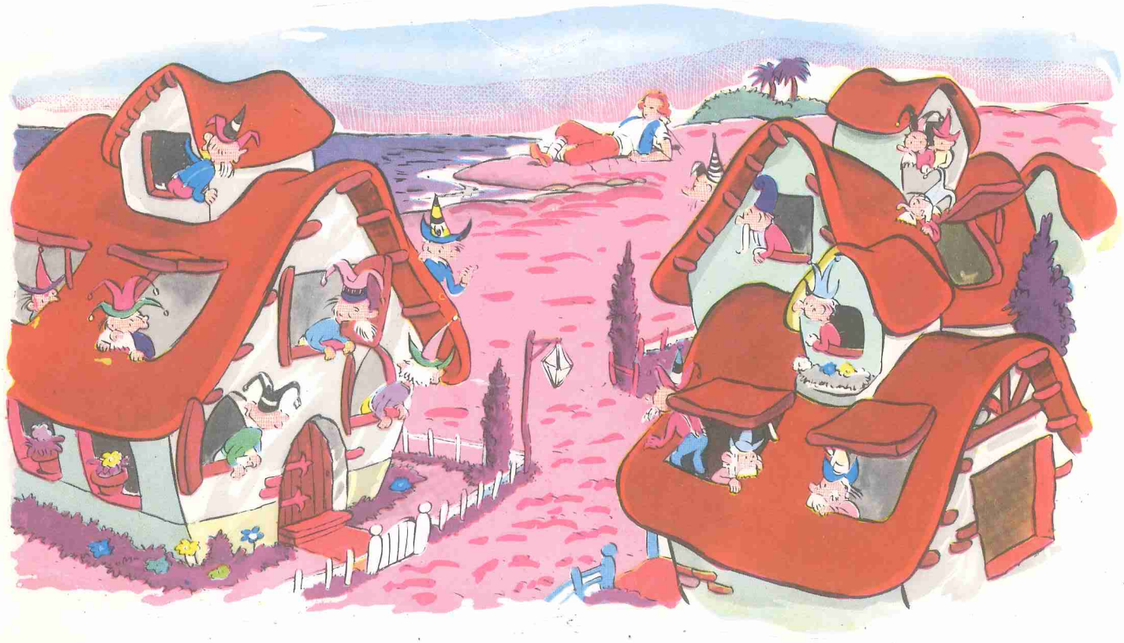
trataron de cambiar el rumbo de sus embarcaciones, sin conseguirlo, y los que pudieron hacerlo se pusieron a remar con todas sus fuerzas. Pero no lograron alejarse tanto ni tan

Pero al cabo de un rato, la curiosidad pudo más que el susto, y los pequeños comenzaron a asomarse tímidamente a las puertas y ventanas de sus casas. Gulliver les sonrió con mucha amabilidad, y poco a poco fueron acercándose de nuevo sus amiguitos.

Claro está que no las tenían todas consigo; los estornudos de aquel gigante eran como huracanes, y por nada del mundo hubieran querido soportarlo otra vez. De modo que se mantenían a prudente distancia.

Entonces trató Gulliver de hacerles entender que estaba muy afligido por lo que había pasado, y les pidió disculpas por haber estornudado con tan poca delicadeza.

Por fortuna, los habitantes del país consiguieron entenderle; y convencidos ya de que aquel era un gigante bonda-



doso, que no tenía malas intenciones, comenzaron a desatar las ligaduras. Gulliver les dió amablemente las gracias, y se sentó en la playa. Como sentía hambre, se hizo entender por señas. Y los pequeños no vacilaron en traerle comida. Claro está que lo que para ellos hubiera sido un banquete, era demasiado poco para nuestro amigo. De manera que empezaron a traerle enormes bolsas cargadas de alimentos, vacas enteras, y un sinfín de cosas. Parecían muy divertidos de ver cómo en pocos minutos Gulliver lo devoraba todo. Ellos hubieran comido durante un año entero lo que nuestro viajero se despachaba en pocos segundos sin indigestarse.

—En este mismo momento, sus poderosas naves se acercan a nuestras playas trayendo a bordo ejércitos de hombres armados. Nuestra gente está enloquecida de temor, porque sabe que no poseemos suficientes armas, Majestad.

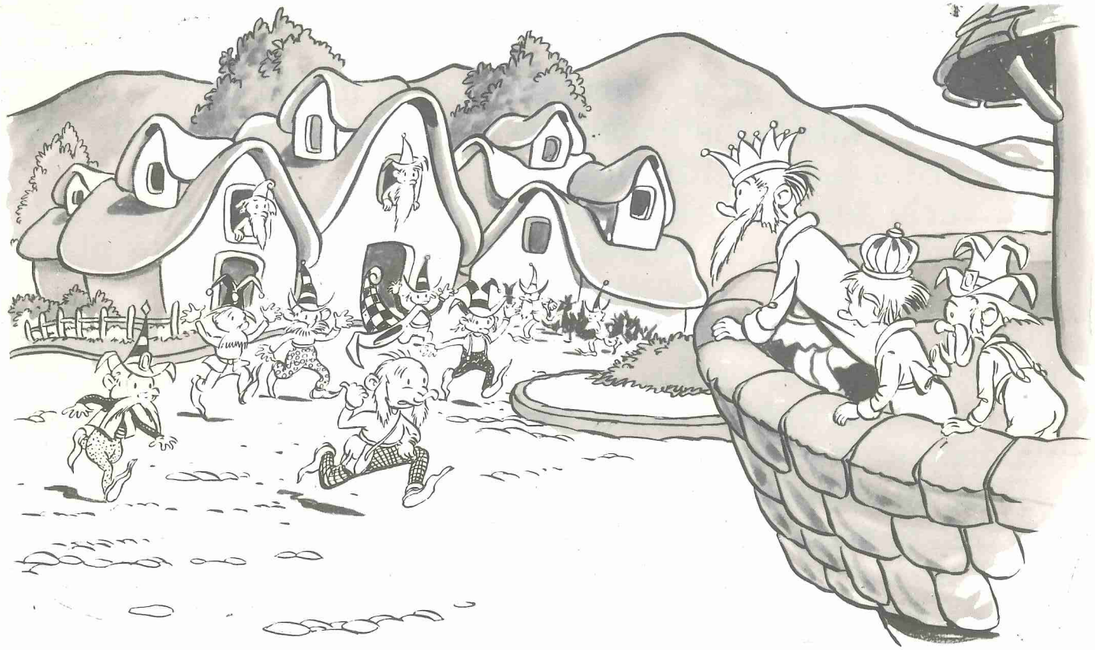
El rey se dispuso inmediatamente a tomar medidas para repeler el ataque, pero sus vecinos eran muy fuertes y sería muy difícil vencerles. Entonces fué cuando Gulliver se ofreció a ayudarles. Sentía un gran placer en poder hacer algo por los habitantes de aquel país que tan bien lo habían tratado.

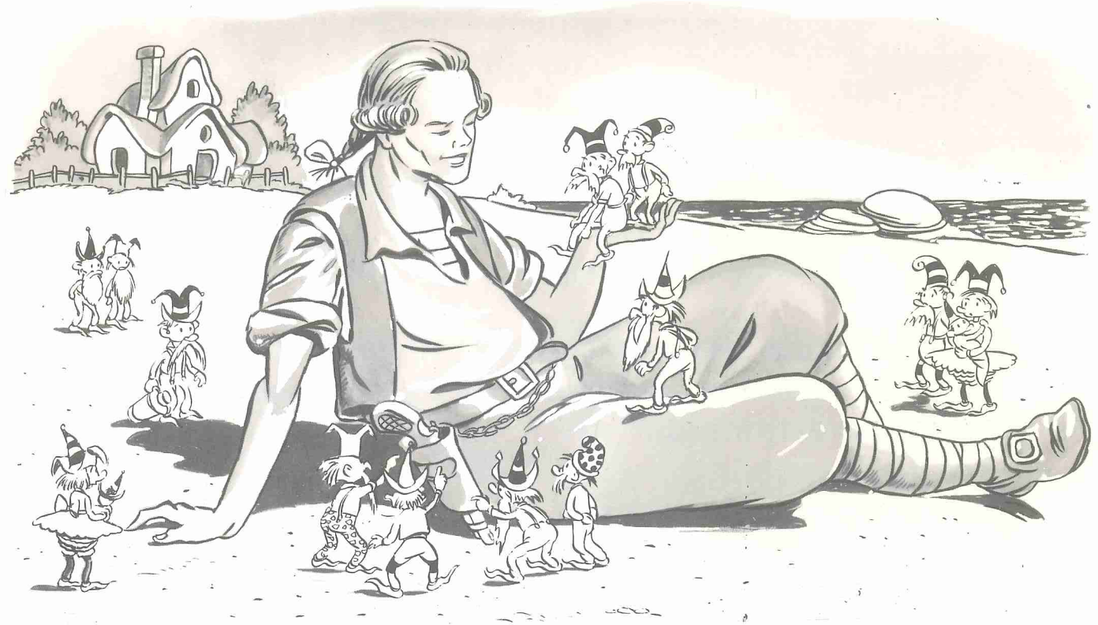
—Majestad — dijo muy seriamente al pequeño monarca —, me sentiré orgulloso si me permitís que ponga mi humilde persona al servicio del reino de Liliput.

Claro está que el rey aceptó encantado. Fué Gulliver a la playa y esperó allí, de pie, la llegada de los barcos.

Pasaron los días y todos se sentían felices. Gulliver era atendido como un príncipe por aquellos encantadores enanitos. El rey lo agasajaba constantemente, y todos se desvivían por hacerle grata la estada en el país. Gulliver no tenía oportunidad de aburrirse, porque todo le parecía encantador en la isla de Liliput, y a cada momento encontraba un nuevo motivo de diversión en su trato con los pequeños.

Pero un día se acabó aquella tranquilidad. Estaba Gulliver conversando tranquilamente con el rey, que lo había convidado a comer, cuando sintieron un tumulto en la calle. Y poco después apareció un mensajero despavorido, para comunicar al rey que los habitantes del reino vecino acababan de declararles la guerra. Y añadió:





Una vez saciada su hambre, se puso Gulliver a conversar con ellos; no tardó en aprender la lengua del país, y pudo enterarse así que aquella pequeña isla se llamaba Liliput. Los liliputienses parecían encantados de tener por huésped a aquel bondadoso gigante, y se mostraron muy amables con él. Todo les llamaba la atención en Gulliver, y lo miraban detenidamente. Pero el bueno de Gulliver quiso darles una broma, y por poco lo echa todo a perder.

En efecto; una de las cosas que más atrajo la curiosidad de los liliputienses, fué la pistola que Gulliver llevaba al cinto. La miraban con atención, la tocaban con algún temor, y daban mil vueltas alrededor de Gulliver contemplando aquel juguete tan extraño.

"¿Qué harían estos enanos — pensó nuestro viajero — si yo hiciera un disparo con la pistola? Es seguro que jamás han visto nada parecido, y creo que nos divertiremos un rato".

Entonces nuestro amigo les prometió que les iba a hacer ver cómo se manejaba.

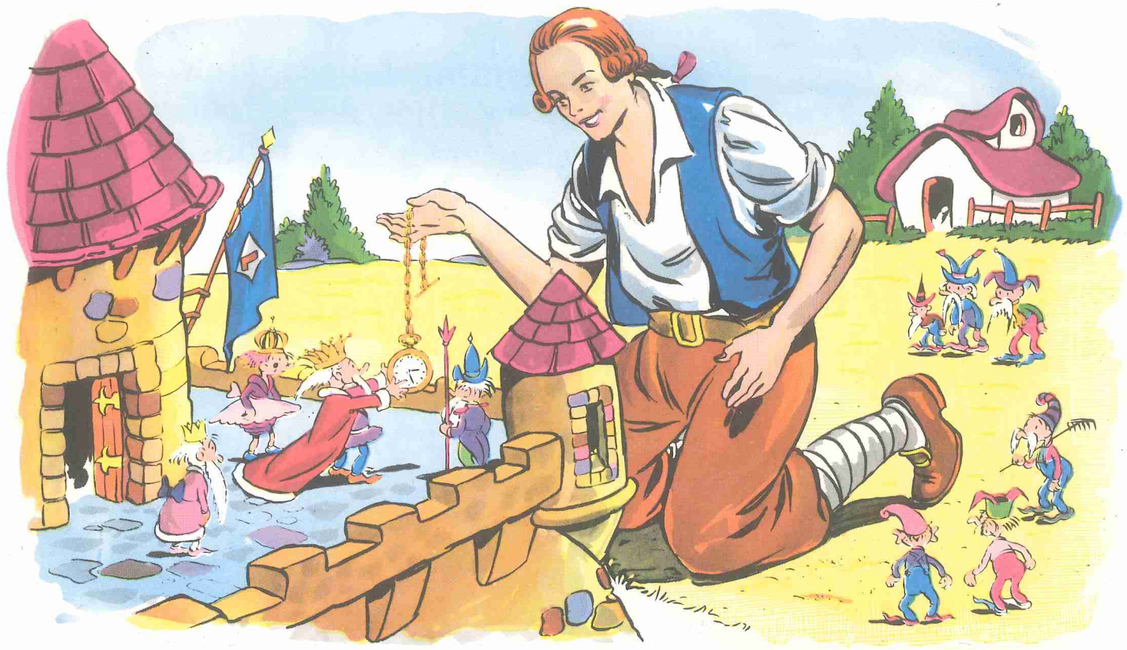
— Ahora veréis — les dijo —. Es muy fácil hacerla funcionar.

Sacó el arma del cinturón, y disparó un tiro al aire.

¡Es de imaginarse el susto que aquel estampido provocó en los pequeños!

Enloquecidos de temor, y casi sin aliento, otra vez huyeron todos velozmente a encerrarse en sus casas.

Gulliver se echó a reír: era verdaderamente cómico el efecto que había producido en los liliputienses.



—Venid, amiguitos — les llamaba en medio de sus carcajadas —. Ya habéis visto cómo es el juguete. Os prometo que no volveré a hacerlo funcionar.

Al verle reír tan alegremente, advirtieron los liliputienses que todo era una broma. Entonces volvieron a la playa y rieron con él de su propio susto.

Claro está que Gulliver se prometió no hacer ninguna otra gracia por el estilo. Y como además de la pistola, los liliputienses se habían mostrado muy interesados por su reloj, tuvo oportunidad de quedar bien con ellos; con mucha gentileza se lo ofreció de regalo al rey de Liliput. De más está decir que el reloj de bolsillo de Gulliver era tan grande como el rey, pero el pequeño monarca no cabía en sí de gozo, y no se cansaba de mirar el precioso regalo.